

# Alma sangrienta

P. N. Elrod

Traducción:  
Ana María Nieda



*Para Mark, por ser tan diabólico;  
y para Ben, por tener tanta paciencia*

Chicago, septiembre de 1936

—Anda, sé bueno —le dije al camarero sin mirarlo a los ojos—, estoy intentando arreglar un corazón roto.

—Sí, sí, ya —contestó él y siguió secando un vaso con un trapo gris.

—No es coña, tengo dinero. —Saqué con torpeza cinco billetes de dólar del bolsillo de mi camisa y dejé que se agitaran sobre la húmeda madera negra de la barra—. Venga, eso vale lo que una botella, ¿no? No causaré problemas.

—Ya puedes hacer cuentas.

Tenía derecho a estar seguro de sí mismo. Teníamos más o menos la misma altura, pero yo soy tirando a delgado y él tenía la constitución de una excavadora y era igual de sólido. Creía que podía ocuparse de mí.

Cesó de abrillantar el vaso y lo dejó junto a las cuentas. Yo le sonreí y traté de parecer simpático, cosa que fue terriblemente complicada dadas las circunstancias. Era uno de esos antros tan baratos y cutres en los que con ir al baño te juegas la vida. Por cómo olía, diría que las instalaciones se encontraban en la puerta de entrada, en la calle, en la pared del edificio, caballeros a la izquierda y

damas... renové mi sonrisa y moví tentadoramente las cuentas.

Él las miró y me lanzó una mirada de sospecha, midiendo mi aparente borrachera con la atracción del dinero. Era una noche lenta, y ganó el dinero. Alargó la mano hacia los billetes, pero la mía fue un poquito más rápida y cubrió tres de los retratos de Washington antes que él.

—Un tipo listo —dijo, y cogió una botella de aquella cosa barata de la estantería que había detrás de él. Qué diablos, sí que era barata, pero a mí eso casi no me importaba, lo único que quería era una excusa para estar por allí.

—He bebido, pero no tanto. —Dejé dos dólares en la barra, cogí la botella, el vaso y lo que quedaba del dinero y me tambaleé hacia la segunda mesa que había en la pared de enfrente. De espaldas a la puerta principal me acomodé, en todo momento utilicé los movimientos de un borracho que quiere demostrar que no lo está. Me pasé un buen rato contando mis tres dólares y haciendo como si bebiera. Diez centavos por toda la botella ya habría sido cobrarme de más; el contenido olía a veneno viejo antes de la revocación. Me llevé el vaso a los labios, hice una mueca y tosí, de manera que logré que parte del líquido me chorreara por la ya bien manchada camisa.

Mientras estaba ocupado frotándome el desastre con un pañuelo sucio, entró un tío grande vestido de gris oscuro y fue directo a la barra. Llevaba un traje, cosa que no iba con el barrio, y llevaba prisa, cosa que no iba con la hora que era. A la una de la mañana nadie debería ir con prisa. Pidió un güisqui y una cerveza para acompañar y miró a su alrededor. No le llevó mucho tiempo; a excepción de mí, siete mesas y el camarero, el lugar estaba vacío.

Me examinó como si fuera un bicho. Me esforcé a conciencia por parecer borracho y determinado, y esperé que se lo tragara. Ayudó mucho el hecho de que llevara bastas ropas de trabajo que apestaban a río y tuviera mi propia orgía con la botella; otro chico de pueblo corrompido por la gran ciudad.

Aparentemente yo no representaba peligro alguno. Se bebió el güisqui de un trago y se llevó la cerveza a la última mesa que estaba al lado de la puerta trasera; después se sentó en el extremo desde donde podía ver a la gente que entraba de la calle. Yo utilicé el espejo inclinado que colgaba sobre la barra para vigilarlo. Era un espejo viejo, con manchas deslustradas, como si tuviera pecas, pero su reflejo era lo suficientemente claro. Se encorvó sobre la mesa y se la bebió a tragos, con largas pausas entre sorbo y sorbo. Llevaba el gorro blando calado hasta los ojos, pero de vez en cuando, estos le brillaban al mirar él mismo al espejo. Yo me quedé quieto y disfruté la pequeña sorpresa que se llevó cuando no pudo ver mi imagen en el cristal.

Otro hombre entró desde la noche y se acercó tentativamente a la barra. Este también iba demasiado bien vestido, pero tenía peor pinta y parecía más tímido. Su cuerpo era alto y delgado, con una nariz aguileña que sujetaba unos quevedos de montura negra con una cinta azul celeste de terciopelo. Llevaba un traje barato color azul, con los puños algo cortos y los pantalones algo estrechos. Como estos últimos le quedaban algo pesqueros dejaban ver unos calcetines negros de seda que salían de unos zapatos también negros, con la punta cincelada hasta convertirla en un arma letal. Llevaba un bastón negro con un mango de plata que le podría costar la eternidad en aquel barrio si lo movía mucho por allí.

Intentó pedir un jerez y recibió una mirada de desdén e incredulidad. Tuvo mejor suerte cuando pidió una ginebra, y después con toda la intención del mundo, limpió el borde del vaso con su pañuelo de seda estampado antes de beber. Después de dar un sorbo, se secó los labios y se alisó la raya de lápiz que llevaba por bigote bajo la nariz.

Miró a su alrededor, estaba tan nervioso como una virgen en una casa de fraternidad universitaria. Se percató de mi presencia y de la del hombre de la última mesa, y cuando ninguno de los dos le saltamos al cuello para degollarlo, se relajó un poquito. Comprobó la hora en el reloj que había detrás de la barra, la comparó con la que marcaba el de plata que él llevaba sujeto a su chaleco y frunció el ceño.

El camarero se alejó, sin duda le repelió el aroma a lirios muertos con que se había rociado el recién llegado. Una nube del mismo me pegó en la cara como el humo de un camión y decidí no respirar durante un rato.

El hombre volvió a mirar el reloj y después dirigió su mirada hacia la puerta. No entró nadie. Se quitó el sombrero y lo dejó con cuidado sobre la barra, como si pudiera ofender a alguien. Desde un pronunciado pico en la frente hasta una nuca llena de rizos, su pelo oscuro había sido peinado cuidadosamente en unas ondas que eran demasiado uniformes como para ser naturales. Se quitó los guantes tirando delicadamente de la punta de los dedos y después, como ausente, se atusó el pelo.

El camarero miró al hombre de la mesa y se encogió de hombros a la vez que levantaba las cejas con una sonrisa de superioridad, con la que quería decir que no podía evitar que cualquiera entrara por la puerta siempre que

pagara. El hombre de la mesa se encorvó más sobre su cerveza y miró el espejo.

Dos minutos después entró una dama, posiblemente la primera que pasaba por aquella puerta. Era bajita, no debía medir más de metro y medio; iba vestida de verde esmeralda con un sombrero a juego y un velo denso y pesado más oscuro, que le tapaba la cara hasta sus severos labios pintados de rojo. Llevaba un bolso verde grande ribeteado con abalorios que brillaban con la luz. Sus zapatos verdes de tacón hacían bastante ruido al cruzar el suelo de madera hasta el hombre alto de la barra. Él se estiró un poquito, porque los hombres educados hacen ese tipo de cosas cuando una mujer se les acerca, y sí que parecía ser educado.

La mujer miró a su alrededor con recelo, posó sus ojos sobre mí un momento. Debía de ser lo suficientemente guapa como para que un borracho como yo se diera cuenta; por lo menos tenía una figura estilizada y buenas piernas. Le lancé una mirada de lascivia alentadora, pero empañada, y levanté mi vaso con esperanza. Después de eso, me ninguneó e inclinó la barbilla con expectación hacia el hombre alto.

Él frunció el ceño, pero recogió el sombrero, el bastón, los guantes y su bebida, y la siguió hasta la penúltima mesa del fondo. Ella se sentó de espaldas a mí y el hombre se deslizó frente a ella, con su espalda hacia el hombre grande de gris, que se había apoyado con fuerza contra la pared. Ella parecía no haberse percatado de su presencia.

El hombre de la ginebra depositó su bastón sobre la mesa con el mango curvado hacia su lado externo. Puso el sombrero a su lado y se metió los guantes en el bolsillo. Se veía que estaba nervioso de nuevo por la manera en que

toqueteaba las cosas. Le preguntó con tranquilidad a la mujer si quería tomar alguna bebida. Ella negó con la cabeza. Él le repitió el gesto al camarero, quien entonces se movió hasta el extremo de la barra más cercano a mi mesa y cogió otro vaso para abrillantarlo. Me estaba mirando, pero yo estaba en un sueño de esos de arrastrar las palabras, miraba al espacio infinito, por lo menos hasta el que llegaba al espejo que tenía detrás.

El hombre de gris se inclinó hacia fuera de su mesa y estiró el cuello. Podía ver al camarero y entonces le preocupó no poder verme a mí también, pero era demasiado tarde como para ponerse a investigar el problema sin llamar la atención.

La mujer miró a su acompañante, su respiración agitaba el velo con suavidad. Hablaba en voz baja, pero incluso a la distancia a la que me encontraba, no tuve problema alguno para escuchar la conversación.

—¿Lo tiene?

El hombre inclinó la cabeza hacia un lado, honrándola con la lente más brillante de sus quevedos.

—Yo podría hacerle la misma pregunta. —Su voz era monótona y entrecortada, como si le diera miedo dejar salir las palabras.

A ella no le gustaban ni aquel hombre ni su respuesta, pero finalmente levantó el bolso que tenía en el regazo y lo dejó sobre la mesa. Con la mano izquierda sacó de él un fino estuche de piel y lo abrió para que él pudiera inspeccionarlo. No era más grande que un paquete de tabaco, y ella lo sostenía preparada para tirar de él en el caso de que el hombre intentara cogerlo. Él miró el contenido detenidamente por un momento, y después se sacó una lupa de joyero del bolsillo.

—¿Puedo? —Él alargó una mano con una manicura perfecta. Ella dudó—. Tengo que verificar que es auténtico, señorita... esto... Green. El señor Swafford dejó ese punto muy claro.

Ella puso el estuche sobre la mesa; todavía dejó su mano derecha dentro del enorme bolso.

—Mientras que le quede claro que esto también es auténtico —le dijo mientras giraba el bolso para que pudiera ver su contenido.

Él se puso rígido con los ojos clavados en la mano que la mujer escondía en el bolso. Se mojó el labio inferior.

—M... muy bien.

Muy despacio cogió el estuche de cuero, se quitó los quevedos y se colocó la lupa en un ojo. Examinó el contenido del estuche durante unos diez segundos y repitió los movimientos en sentido inverso. Dejó el estuche sobre la mesa llena de marcas.

—¿Bien? —dijo ella.

—Es auténtico. —Se volvió a colocar los quevedos sobre la nariz.

—Eso ya lo sabía, sigamos.

—S... sí, por supuesto. —Sacó un sobre del bolsillo de su abrigo y se lo dio a la mujer. Ella lo abrió y examinó el contenido también, sacó del centro uno de los billetes de cien dólares. Un segundo después, levantó la vista y cogió el estuche de piel.

—Le puede decir a Swafford que lo he quemado —dijo con voz áspera.

Él levantó la mirada rápidamente del lugar vacío que había dejado el estuche en la mesa al velo de ella.

—Pero, ¿por qué?

—Estos billetes están marcados. Si hay polis fuera usted es hombre muerto.

La mujer no parecía estar lista para moverse, pero el hombre se había puesto más nervioso. Detrás de él, el tío grande se había metido una mano en el abrigo, lo que explicaba por qué ella no se había percatado de su presencia, no le hacía falta percatarse de que su compañero estaba allí.

—Yo... yo no lo entiendo. El señor Swafford me encomendó la tarea de verificar la autenticidad del sello y pagarle, nada más. Le aseguro que no tenía la menor idea...

—Ya le he dicho que lo he quemado.

—Pero espere, por favor, no sabe el gran valor que tiene...

—Cinco de los grandes. Yo solo he pedido la mitad.

—Puedo ayudarla. Conozco a otros coleccionistas, algunos no harían preguntas. Estarán contentos de pagarles su valor íntegro. Si tuviera ese dinero, lo compraría yo mismo.

Ella se dio cuenta de que él llevaba ropas muy baratas y su boca se quedó pequeña y fina.

—Estoy segura de que lo haría. —Ella lanzó una mano hacia arriba y le tiró los quevedos de la nariz, él apartó la cabeza una fracción de segundo tarde y no pudo evitarlo. Los quevedos quedaron colgando de la cinta de terciopelo, se balancearon libremente y se golpearon con el borde de la mesa, lo que produjo un suave tintineo.

Entonces, los ojos grises del hombre se endurecieron y su postura encogida de miedo se enderezó.

—Todavía podemos llegar a un acuerdo equitativo, señorita Green. —Su habla entrecortada también fue

sustituida por un preciso acento británico, y el amaneramiento remilgado también se le desprendió como la leche agria.

—Y una mierda, Escott. Ponte de pie y sigue a Sled por la puerta trasera.

Escott levantó la mirada cuando la enorme sombra del hombre de gris se cernió sobre él.

—De verdad que...

—Cállate o cobras ahora.

¡Dejé mi bebida y desaparecí. Igual también podía fingir no haber visto eso.

Escott se movía muy despacio detrás de Sled por el pasadizo. La mujer iba detrás de él, seguramente seguía teniendo la mano en la pistola que llevaba dentro del bolso. Por el momento yo solo podía notar sus cuerpos y sus posiciones. La mujer se estremeció cuando pasé por su lado, de la manera que dicen que la gente lo hace cuando alguien camina sobre la tumba de uno. Escott se detuvo cuando lo pasé a él y le tuvieron que meter prisa; era su manera de hacerme saber que era consciente de mi presencia.

Sled había salido ya por la puerta trasera y esperaba mientras Escott salía con la mujer. Yo no sabía si Sled ya había preparado su pistola, pero la de ella sí estaba lista, así que había que ocuparse de ella primero.

Me fundí otra vez con la realidad y me solidifiqué. Desde su punto de vista yo acababa de salir de la nada, cosa que en esencia era correcta. Le quité la pistola, le tapé la boca con una mano, con la otra le rodeé la cintura y medio la levanté y la adentré en la oscuridad. Dio un chillido nasal de indignación y sacudió sus tacones contra mis espinillas.

La atención de Sled pasó de Escott a ella y su pistola pasó de su sobaquera a su mano como por arte de magia. Escott la cogió, la empujó hacia abajo y con su cuerpo embistió contra Sled y lo arrinconó contra la pared del antro. Era más fuerte de lo que su fino armazón prometía, y los ladrillos no hicieron nada con la expresión o disposición de Sled. Golpeó a Escott con el bastón, pero lo hizo en un ángulo erróneo y no pudo transmitirle toda su fuerza. Sonó un golpe sobre la carne y un grito ahogado cuando Escott golpeó la pistola del hombre con fuerza contra los ladrillos. La pistola cayó al suelo. El bastón volvió a bajar. Escott paró el golpe con el costado y a la vez le metió un directo que le dio en la mitad de la columna a Sled.

Mientras bailaban el uno alrededor del otro, yo le quité el bolso a la mujer. Agarrarse a ella era como intentar bañar a un gato callejero. La alejé de la refriega con la esperanza de que tuviera el suficiente sentido común como para salir corriendo. Queríamos el sello, no a ella. A pesar de todo, la mujer estaba ágil, en un momento estaba intentando recuperar el equilibrio y al siguiente me estaba haciendo un placaje poco favorecedor en una dama, para intentar coger la pistola de Sled.

La cogió.

Tenía el dedo índice perfectamente encajado sobre el gatillo al primer intento y la giró y colocó como toda una experta, mientras me disparaba a quemarropa a la vez que yo me lanzaba sobre ella. El resplandor amarillo llenó todo mi mundo. No oí el disparo, puede que a esa distancia el sonido fuera demasiado fuerte como para poder oírlo. Sentí el impacto desgarrador cuando la bala me pasó por el ojo izquierdo y me hizo tropezar sin respiración a cámara lenta en una blanca y caliente agonía.

La duración, gracias a Dios, fue muy corta. Un instante me estaba contorsionando y era sólido, y al siguiente estaba flotando en el aire y no tenía peso alguno. El impacto y el dolor me habían vuelto incorpóreo, y me habían liberado temporalmente de la carga que supone tener un cuerpo lleno de terminaciones nerviosas revolucionadas. Yo quería quedarme en ese lugar de ausencia, pero la voz de Escott, distorsionada como si pasara por capas y capas de algodón me empujaba a volver.

Gritó mi nombre una vez y después la pistola disparó de nuevo.

Reaparecí justo a tiempo para ver cómo el humo salía de la boca de la pistola. Sled se lanzó a separarse del cuerpo de Escott, cogió a la mujer que no dejaba de protestar y a toda carrera la alejó del campo de batalla.

Escott estaba apoyado contra la pared y no había movido un dedo para detenerlos. Estaba doblado sobre sí mismo, se esforzaba por respirar con los brazos enroscados sobre el estómago. Su pálido rostro destacaba entre las sombras como un fantasma de una casa del terror. Cuando yo logré mantenerme sobre mis pies, los suyos no aguantaron más y se dejó caer al suelo.

En un segundo me arrodillé a su lado con el corazón en la garganta.

—¿Charles? —Mi voz sonaba rara, como si se la hubiera pedido prestada a un extraño.

—Un minuto —dijo entrecortadamente. Cerró los ojos, dejó que le colgara la boca y se concentró en coger aire. Lo coloqué más cómodamente contra la pared e intenté comprobar los daños que había sufrido, pero él negó con la cabeza.

—¿Cómo de mal? —le pregunté.

Me enseñó algunos dientes, pero yo no pude distinguir si se trataba de una mueca de dolor o de una sonrisa: tratándose de él, podía ser cualquier cosa. Su respiración se normalizó un poco y abrió los ojos de golpe.

—¿Dónde está el sello? —susurró.

¿Sello? ¿Qué mierda importaba eso?

—Pediré una ambulancia.

—No hace falta. No estoy herido.

—Pues lo estás imitando muy bien. Aguanta un poco

y...

Levantó una mano.

—Dame un minuto y estaré bien.

—Charles...

Levantó la otra mano. Estaba limpia.

—Solo estoy sin aliento.

—¿Qué coño...?

—Mi chaleco antibalas —dijo con tono de estar diciéndolo una obviedad.

Lo comprobé; debajo de las ropas arrugadas había una cosa sólida que le cubría el torso.

—A diferencia de ti —prosiguió—, no tengo ninguna defensa sobrenatural contra los trozos de metal voladores y debo llevar una artificial.

Yo me encontraba justo a mitad de camino entre el alivio y la ira. Fue lo suficientemente listo como para no reírse de la cara que yo debía de tener.

—Creo que debería comprarme un chaleco más efectivo para el futuro, este parece un poco fino para lo que necesito. Ahora, ¿dónde está el sello?

Sin decir palabra, le di el bolso verde con cuentas. No me fiaba de mí mismo lo suficiente como para decir nada, porque probablemente habría sido alguna obscenidad.

Mientras él hurgaba en el bolso en busca del estuche de piel, yo me levanté y comprobé la salida del callejón, lo que puso algo de distancia entre nosotros por un momento. Además de todo, el muy hijo de puta no necesitaba que un amigo feliz porque estuviera vivo le diera un puñetazo en las costillas.

Ya hacía mucho que Sled y la mujer se habían ido. Parecía buena idea que nosotros hiciéramos lo mismo, su amigo el camarero podía salir en cualquier momento y ya habíamos tenido suficiente alboroto por una noche.

Escott encontró el estuche y comprobó el manchurrón desvaído de papel azul que contenía.

—La filatelia no es algo que me interese especialmente. Me temo que estoy muy poco impresionado, aunque valga cinco mil dólares americanos.

—Sí, bueno, salgamos de aquí antes de que esa chica se acuerde y decida volver.

Él vio que lo que yo decía tenía sentido.

—¿Me ayudas a levantarme? Me temo que la bala me ha dado cerca de la herida de navaja, y por ahí todavía tengo las cosas un poco blandas. Vaya suerte de mierda.

—Yo diría que es bastante buena, si se tiene en cuenta que no te dio en la cabeza. —Le ayudé a ponerse en pie y cogí su bastón del suelo.

Él decidió hacer caso omiso de mi comentario sarcástico. Yo tenía derecho a estar enfadado con él, y él sabía que lo mejor era dejar que las cosas siguieran su curso.

Se apoyó en mi brazo mientras ambos salimos con cautela del callejón. A pesar de que él veía bastante bien, no tenía visión nocturna y confió en mí para mantenerlo en pie. Encontramos su gran Nash un bloque más allá. Insistió en que podía conducir, por lo que lo empujé detrás

del volante y me senté en el asiento del acompañante con un suspiro.

—¿Qué es lo que ha ido mal ahí atrás?

—Ella me reconoció, por ejemplo, pero está bien porque yo también la he reconocido a ella.

—Vale, me tienes en ascuas.

Me lanzó una mirada con el rabillo del ojo, arrancó el coche y salió a la calle.

—No me lo puedo creer. Podía haber querido llegar a un acuerdo, pero todo salió mal por culpa del dinero marcado de Swafford. Debí comprobarlo antes.

—¿De verdad crees que se habría arriesgado a negociar después de reconocerte?

—Era una posibilidad. Aunque me conociera, podía haber cogido el dinero y haberte dado la oportunidad de seguirla; pero claro, lo que mejor se planea y todo eso... pues ya sabes. Swafford tiene su precioso sello y su dinero, pero va escuchar lo que tengo que decirle acerca de esto.

—De repente giró el coche—. Creo que deberíamos ir a visitarlo ahora mientras todavía estoy enfadado.

No parecía estar enfadado, algo jubiloso todavía, pero enfadado no.

—Es más de la una —le señalé.

—Bien, así es muy poco probable que interrumpamos alguna de sus reuniones.

Condujo hasta un barrio residencial de las afueras, de esos en los que las casas son muy grandes, hay servicio para el agua caliente y para el agua fría, tienen el césped exquisitamente cortado y coches que arrancan a la perfección en pleno invierno. Escogió una de piedra, atravesó la verja de hierro de decoración, aparcó y me hizo un gesto de que lo siguiera. A través de algunas de las ventanas del

piso de abajo se veían luces, pero era solo para alejar a los ladrones y para evitar que Jeeves se tropezara con la porcelana de Chippendale al atender la puerta por la mañana temprano.

El mayordomo ataviado con una bata abrió la puerta, decidió que no éramos más que material para puerta de servicio y estaba ya a punto de cerrárnosla en las narices, pero Escott pasó por su lado y solicitó ver al señor Swafford.

—El señor Swafford se ha ido a dormir —nos informó en un tono frío.

—Entonces le sugiero que lo levante o si no tendré que ocuparme yo mismo de esa desagradable tarea.

Ambos tenían acento británico, pero el de Escott era auténtico y el mayordomo sabía que estaba en desventaja. Levantó la cabeza y nos miró con desdén a la vez que cogía aire sonoramente por la nariz, gran error ya que Escott todavía olía como una iglesia abarrotada en un domingo de Semana Santa. Después subió las escaleras. Tras una corta espera, Swafford vino escoltado y nos miró boquiabierto.

—¿Quién coño...?

—Usted contrató mis servicios para recuperar su sello —le recordó Escott.

Swafford entrecerró los ojos, intentaba ver a través del disfraz.

—¿Escott?

—Y este es mi ayudante, el señor Fleming.

—¿Qué es todo esto, Escott? —le preguntó en una voz baja que no le pegaba en absoluto.

—Tan solo hemos venido a devolverle su propiedad y a discutir algunos detalles del caso.

—¿Entonces lo tiene? ¿Dónde está?

—Por lo que veo tiene una biblioteca. Puede que este-  
mos más cómodos allí. —Escott encabezó la marcha como  
si fuera su propia casa. Swafford lanzó una mirada iracun-  
da primero a su espalda y después a mí, por extensión. Yo  
esperé a que se cansara y después lo seguí hasta la  
siguiente habitación.

El hombre era ancho, bajo y fornido, desde la cabeza  
hasta sus pies enfundados en pantuflas; y ni siquiera la  
bata de seda llena de filigranas le hacía parecer presentable  
para la alta sociedad. Yo apostaba porque hubiera logrado  
amasar su fortuna por las bravas y entonces la estuviera  
utilizando, en un intento de hacer que la gente se olvidara  
de su trabajo. Eso era lo que se desprendía de su biblioteca,  
estaba decorada como recién salida de una película, para  
impresionar al público. Había un Renoir sobre la chime-  
nea, pero su función era esconder la caja fuerte y no ser  
una muestra del buen gusto de su dueño.

—¿Dónde está mi sello? —preguntó a la vez que se  
plantaba en el extremo de un escritorio de una hectárea  
por lo menos.

Escott estaba muy ocupado admirando el Renoir.

—Este me gusta bastante. ¿Tú que opinas, Jack?

—Los colores son muy bonitos —dije yo sin compro-  
meterme y sin quitarle ojo a Swafford. Ya estaba lo  
suficientemente despierto como para saber que había algo  
que iba mal y para intentar ocuparse de ello.

Escott sacó el sobre lleno de billetes de cien y lo tiró  
sobre el escritorio. Swafford lo cogió y los contó. Mientras  
lo hacía, Escott descubrió un candelabro chapado en oro  
sobre una mesa con demasiado barniz y encendió las cinco  
velas que tenía. Lo acercó al cuadro.

—Sí, tanto con la luz difusa del día como con la de las velas, así es como debía verse. —Dejó el candelabro sobre el escritorio—. Confío en que todo está ahí, ¿no es así?

—Sí, ahora, ¿dónde...?

—Bueno, entonces puede decir que el caso está cerrado.

Swafford levantó la mirada lentamente e intentó pensar.

—¿Qué le ha pasado al sello?

—Usted firmó un contrato conmigo por mis servicios, debería haberlo leído. Un buen contrato está diseñado para proteger a ambas partes en el caso de que una intente estafar a la otra. Usted ha estafado mi confianza. Nuestra asociación se ha acabado.

—¿De qué está hablando? Explíquese.

Escott indicó el dinero con un gesto.

—Eso debería ser explicación suficiente. Hizo que lo marcaran, y ya que nos ponemos se lo han marcado muy torpemente. El ladrón lo vio con la suficiente facilidad, se dio cuenta de que yo no era ningún experto en filatelia, y me dio esto. —Le mostró la nueva ventilación de su abrigo y su chaleco—. Debió confiar en mí; le habría devuelto su dinero y el sello tal y como le prometí. Ahora solo tiene el dinero. Ahora ha perdido el derecho al sello.

Swafford se puso de un rojo oscuro que se convirtió en rosa suave muy despacio al pensar las cosas con detenimiento.

—Está bien, ¿qué es lo que quiere?

—Una llamada de teléfono para que retiren los cargos contra Ruthie Mason.

—¿Qué más?

—Primero la llamada de teléfono.

—Pero son las...

—Ya lo sé. Despierte a su abogado, para eso le paga, haga que empiece a mover las cosas.

—Si hago eso, ¿me devolverá el sello? ¿Lo tiene usted?

Escott dejó caer el estuche sobre el escritorio. Rebotó una vez contra un grueso cartapacio antes de que Swafford lo cogiera y lo abriera.

—¡Vacío! —Se quedó paralizado. Escott levantó una hoja de papel doblada en cuartos. La movió peligrosamente cerca de una de las velas.

—Por el amor de Dios, tenga cuidado. Eso vale cinco mil...

—Póngase con la llamada —le espetó.

Swafford se puso con la llamada. Como no podía discutir con Escott, la tomó con su abogado, y en menos de cinco minutos, le habían interrumpido el sueño a otro ciudadano de Chicago. Sabiendo lo rápido que trabajaban algunos polis, era casi seguro que las manos del abogado estuvieran atadas hasta un rato después del desayuno. Por aquello estaba claro que le iba a pasar una factura enorme a Swafford. Escott era un maestro en el arte de administrar golpes bajos. Mientras Swafford estaba al teléfono, Escott sacó varios papeles y un calco de carbón del escritorio y escribió unas cuantas líneas.

Swafford colgó.

—Ya está. Ya lo he hecho. Ruthie saldrá por la mañana.

—Dudo mucho que quiera seguir trabajando aquí. Si ese fuera el caso, necesitará referencias, y muy buenas.

—Haré que mi esposa se ocupe de eso. Es tarea suya. La chica no tendrá ningún problema para encontrar trabajo.

—También sugeriría una cantidad de dinero suficiente para compensar su precipitado arresto.

—Vale, está bien. Tiene mi palabra... y ahí tiene un testigo. —Asintió hacia mí con confianza.

—Excelente. Entonces ahora lo único que queda es mi tarifa...

—¡Pero ya le he pagado!

—Tan solo era una iguala. Bajo los términos del contrato tengo derecho a cubrir mis gastos. —Sacó el pulgar por el agujero de su chaleco y lo meneó—. Si no hubiera tomado precauciones, casi seguro que habría tenido que pagarme el funeral, ya que su interferencia casi produjo mi muerte.

El rostro de Swafford se concentró con cautela.

—¿Cuánto?

Escott indicó los veinticinco billetes de cien dólares que había sobre el cartapacio.

—Creo que eso será suficiente, pero esta vez, que no estén marcados.

—Pero eso es extorsión —refunfuñó.

—Esta misma noche, antes, usted parecía lo suficientemente impaciente como para entregarlos a cambio del sello.

—Por lo menos entonces habría conseguido el sello.

—Puede que ahora tenga esa oportunidad, depende de lo rápido que pueda abrir su caja fuerte. Nuestro ladrón amenazó con quemar esto cuando vio que los billetes estaban marcados; se me ocurre que es una muy buena idea. Cuánto alboroto por un trozo de papel azul del tamaño de la uña de mi pulgar. Me pregunto si el mundo dejaría de girar si lo entregara a las llamas.

Antes de que pudiera acercarlo a las velas de nuevo, Swafford había movido el Renoir a un lado y estaba girando la rueda de la combinación con los dedos nervio-

sos. En la caja fuerte había mucho más de dos mil quinientos dólares, y debía de estar preocupado de que también quisiéramos eso. Me lanzó una mirada estrábica, y con razón, yo seguía vestido como un duro matón y el alcohol barato que emanaba de mi camisa sucia no hacía más que completar mi indumentaria. Eché el peso hacia delante y traté de parecer duro. Con rapidez sacó un fajo de billetes y apresuradamente cerró la caja fuerte.

Escott se quedó muy cerca de las velas, las sombras hacían que su diminuta sonrisa pareciera malvada.

—¿Te importaría contarlo, Jack?

No me importaba en absoluto. Estaba en un montoncito muy ordenado: veinte de cien y diez de cincuenta.

—Está bien —dije, y me lo metí en el bolsillo.

—Bien. Ahora va a firmar esto, señor Swafford. No es más que un recibo por mis servicios, con la promesa de pagarle esa suma a Ruthie mañana. Estoy seguro de que le será tan útil para los impuestos como a mí.

Swafford lo firmó y dejó caer el bolígrafo. Escott se guardó el original. Estudió el papel doblado que tenía en la mano y de repente lo puso en la llama de una vela. Swafford abrió los ojos desorbitadamente y se atragantó, levantó una mano como si estuviera haciendo un juramento. El papel se quemó hasta quedar en nada y Escott dejó caer las cenizas sobre el escritorio. Parecía concentrado en sus pensamientos.

—Es extraño, había imaginado que cinco mil dólares impresionarían más al quemarse.

Su antiguo cliente estaba sin palabras y parecía listo para que le diera un infarto.

—Bueno, no hay duda de que su seguro lo cubrirá... ¡Oh, Señor! ¿Quiere decir que no está asegurado? Qué

descuidado por su parte tener algo tan valioso y manejable rodando por ahí sin seguro. Por otro lado, hay impuestos que pagar por estas cosas. Pero seguro que como usted es muy buen ciudadano paga sus impuestos. ¿No es así?

—Lo demandaré —susurró—. Haré que...

—La próxima vez, señor Swafford, le sugiero que siga las instrucciones al pie de la letra cuando se las den. No es más que buena práctica de negocios, especialmente cuando el no hacerlo le pueda salir tan sumamente caro. Espero que haya aprendido la lección. Recuérdelo.

Escott cruzó la habitación rápidamente y salimos al recibidor, dejamos atrás a un Swafford congelado en el sitio junto al escritorio. El mayordomo nos estaba esperando y cerró la puerta con llave detrás de nosotros cuando salimos. Escott se detuvo, contó hasta cinco y se dio la vuelta para llamar al timbre.

El mayordomo estaba demasiado dormido como para enfadarse. Escott alargó la mano y le dio un papel doblado idéntico al que había quemado.

—Olvidé darle esto al señor Swafford. Por favor, dáselo con mis saludos.

El mayordomo lo miró sin hacer ningún comentario y cerró la puerta con llave con un último y sólido crujido.

Escott todavía se reía mientras nos alejábamos en el coche.

—Uno de estos días alguno de tus clientes te va a dar pasaporte por estos numeritos fanfarrones —dije yo—. Tampoco son formas de atraer mercado.

Escott se encogió de hombros.

—No necesito los negocios de ese tipo. Swafford casi hizo que me mataran esta noche. Pensé en darle algo igual

de desagradable a cambio. Para los de su clase, que sus caprichos les priven de su dinero es la peor de las torturas que se puedan imaginar.

—Vale, la cagó de buena manera, pero yo también casi hice que te mataran cuando fui demasiado optimista acerca de su cerebro y la dejé ir demasiado pronto.

—Un accidente, nada más. En la oscuridad bien le podía haber dado a su compañero.

—También podía haber corrido, pero no lo hizo. La señora quería sangre, Charles. Intentó matarnos a los dos.

—Pero tú no tienes culpa de nada —insistió—. Admito haber subestimado su profesionalidad, pero no te culpo de nada ni a ti ni a tus actos de esta noche. Incluso si las cosas hubieran sucedido conforme a lo planeado, me atrevo a decir que ella hubiera intentado matarme de cualquier manera. Si no hubieras estado ahí, estoy seguro de que ahora mismo estaría tendido en ese callejón.

Yo negué con la cabeza.

—Soy demasiado peligroso como para tenerme cerca; soy solo un aficionado en esto de los sabuesos.

—¿Sabuesos? De verdad, Jack. —Parecía dolido.

—Vale, detective privado entonces. Se supone que soy periodista.

—Yo no lo uso en tu contra.

Se la dejé pasar.

Inclinó el retrovisor, estiró su labio superior, y se despegó el pequeño bigote a la vez que se frotaba la zona con visible alivio.

—Eso está mejor, estas cosas me vuelven loco. ¿Te importaría abrir tu ventana? Puede que tú no respires, pero yo todavía tengo esa costumbre.

La bajé con la manivela.

—Entre tu perfume barato y mi bebida barata, te va a llevar más de una semana airear este carro.

—Puede. Espero que se vaya el olor. —Arrugó la nariz.

—¿El traje?

—No, mi piel. Estoy pensando que el traje estaría mejor en una hoguera.

—¿No es eso un poquito extravagante?

—Tienes razón. Veré si puedo hacer que lo fumiguen y lo arreglen, es un personaje muy entretenido; está basado en alguien que vi una vez, los mejores disfraces siempre lo están. —Con un ojo en la carretera y el otro en el espejo, se quitó la peluca con cuidado, primero levantó la parte de la nuca y luego tiró hacia delante.

—Aun así se dio cuenta.

—Al principio no. Sabía cómo me llamo por la casa de los Swafford, pero nunca me había visto de cerca y no tenía razón alguna para relacionarme. Si él no hubiera marcado los billetes...

—Entonces, ¿quién era ella? Hiciste que Swafford se enfadara tanto que se le olvidó preguntarlo.

—Por Dios, tienes razón. Era la nueva criada personal de su mujer, la que tenía unas referencias intachables.

Me acordé de una foto del servicio de la casa que me había enseñado aquella misma noche cuando me pidió que la ayudara. La idea era que mantuviera los ojos bien abiertos por si alguno aparecía por el bar en el que habían quedado para el intercambio.

—¿Esa pequeña? No es mucho más que una cría.

—Sí, una cría de veintisiete, con unos modales recatados y una complexión juvenil. Los Swafford tenían razón al sospechar de uno de los sirvientes, pero me temo que las

acusaciones contra Ruthie al principio eran meramente raciales. La otra chica trabajó y esperó hasta que contrataron a alguien nuevo; llegó Ruthie, robaron el sello, y ella cargó con las culpas. El auténtico nombre de la ladrona es Selma Jenks, y ya ha hecho este tipo de cosas con anterioridad.

—¿Tienes un fichero de la Policía en el cerebro?

—Casi. De todas formas, Ruthie llamó a la hermana de Shoe Coldfield para que la ayudara, y Shoe me llamó a mí. Puede que Swafford me contratara para recuperar el sello, pero yo considero que Ruthie es mi auténtico cliente.

—Me preguntaba cómo habrías conseguido el trabajo. Swafford no es tu tipo.

—¿Demasiado turbio?

—Demasiado rico.

Eran casi las dos cuando Escott giró el coche y se adentró en el callejón que había detrás de su casa y se metió en el cobertizo con pretensiones, que hacía las veces de garaje. El interior era demasiado estrecho como para poder abrir mucho las puertas del coche, y en lugar de apretujarme y esforzarme por salir, desaparecí y me escurrí. Cuando Escott salió por fin yo estaba sentado sobre el parachoques posterior.

Dio un respingo y se recompuso con un suspiro.

—Maldita sea, eso es...

—Ya lo sé, desconcertante. Lo siento.

—Está bien. Vamos dentro, necesito algo líquido y calmante.

—¿Cómo un baño?

—Sí, eso también.

Maldijo con calma mientras forcejaba con la cerradura oxidada de la puerta de atrás. Por fin cedió y entramos en su cocina grande de techos altos. Su casa era un lugar grande y espacioso, una reliquia de tres pisos de antes del incendio, que en sus mejores tiempos, o peores, había sido un burdel. Según se lo permitían el tiempo, el dinero y la salud, estaba limpiándola, pintándola y restaurándola poco a poco para convertirla en un lugar habitable. Sin embargo, la cocina no estaba entre los primeros puestos de su lista de prioridades y todavía le quedaban rastros de telarañas por el poco uso en las esquinas. A excepción de haber sustituido el antiguo refrigerador por una nueva nevera funcional que estaba aprisionada y zumbaba entre los armarios sueltos, prácticamente había hecho caso omiso de la habitación por completo.

En silencio y por acuerdo tácito nos quitamos los abrigos y los dejamos caer sobre una mesa de roble abollada que venía con la casa. Una vapor invisible de bebida y lirios muertos llenó la habitación y me cogió del cuello.

Escott reprimió una tos.

—Una cosa horrorosa, esa. Si vuelvo a interpretar ese papel, debería sustituirlo por algo un poco menos letal.

—¿Por qué tienes que ponerte algo?

—La atención a los detalles es clave para un disfraz de calidad.

—Creo que te pusiste demasiados detalles esta vez. Debes de haber confundido perfume con colonia.

Escott levantó las cejas.

—¿Hay alguna diferencia?

—Mucha, creo.

—¿Cuál es, entonces?

Ahí me había pillado.

—*Mmm...* igual deberías preguntárselo a Bobbi. Ella sabe más de estas cosas. Yo lo único que sé es que hay alguna diferencia; uno es más fuerte y se necesita menos cantidad, o algo así.

—Basta —dijo con neutralidad—. Sé que no debo ofrecerte un refrigerio líquido. ¿Te importa si yo lo hago?

—Adelante. Solo tienes que sujetar un vaso debajo de mi camisa y te exprimiré un poco.

Rehusó mi invitación educada, pero rotundamente, negando con la cabeza, sonrió y se fue al comedor. Todavía no tenía mesa, solo una pila de cajas de cartón que aún no había abierto y una vitrina con el frente de cristal en una pared, que albergaba una modesta colección de botellas.

—Creo que voy a ir a cambiarme. Se está haciendo tarde —dije yo.

—Puedes usar la bañera si quieres. Ya casi se puede confiar en el calentador de agua.

—Gracias.—Lo dejé cuando se estaba sirviendo un *gin-tonic* y troté escaleras arriba. Me lavaría la cara y las manos, pero la sensación de sumergirme en una bañera de agua posiblemente fría era una experiencia que no necesitaba tener para poder vivir..

Mi ropa estaba en un estrecho dormitorio que había al lado del cuarto de baño. Hacía mucho que no había una cama allí; había dejado unos agujeros en el suelo donde la habían atornillado y había marcas de roce del cabecero en el papel de la pared, que en su día había sido floreado. No había armario; mis cosas estaban apoyadas sobre una silla débil de madera y más cajas sin abrir.

Ahora que me encontraba solo, me había cambiado y llevaba mis ropas, sentí la acción retardada de los disparos

de la noche. Yo podía evitar la muerte de esa manera, pero él no podía hacerlo. A él no parecía preocuparle, pero yo me había asustado profundamente, y era mucho menos vulnerable que él. Si Escott no hubiera llevado aquel chaleco... Puede que él pudiera tratar todo aquel asunto con ligereza, pero yo no podía. Él no había visto la pistola girar ante su cara y cómo lo cegaba el estallido de la boca del arma. Me toqué el lugar por el que me había pasado la bala; cualquier rastro de dolor había desaparecido, la carne y el hueso estaban lisos y sin marcas.

Cuando bajé la mano, la tenía temblorosa: mitad por saber a lo que había sobrevivido, y mitad por miedo a ver en lo que me había convertido. Todavía había un pequeño espejo que colgaba de una pared, lo único que reflejaba era la habitación vacía, nada más. Un escalofrío recorrió todo lo largo de mi columna vertebral, me alejé del espejo y terminé de vestirme.

Otra vez tenía un aspecto respetable. Me reuní con Escott en su salón de la planta baja, estaba tumbado en el sofá. Parecía cansado.

—Esto debería de animarte. —Puse el dinero sobre una mesilla baja, junto a su vaso.

—¿El qué? —Giró la cabeza lo justo como para poder verlo—. ¡Oh! Se me había olvidado.

Me dejé caer en un sillón de piel.

—¿Cómo te puedes olvidar de dos mil quinientos dólares?

—Mil doscientos cincuenta. La mitad es tuya.

—Venga, Charles, no he hecho más que estar en el medio.

Una leve sonrisa asomó a una de las comisuras de sus labios.

—Ya que insistes. Pero fuera cual fuera el resultado de lo de esta noche, todavía tienes derecho a llevarte algo por tus servicios a la Agencia Escott. Te lo daría todo, pero creo que no lo aceptarías.

—No estés tan seguro.

—Luego te haré un recibo.

—¿Para los impuestos?

—Por supuesto. Siempre me ha impresionado muchísimo la manera en la que el Gobierno logró coger a Capone.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Con los dos, mi querido colega. Las ganancias son declaradas y las ganancias sin empleo son cosas que antes o después se hacen notar. Una persona en tu situación particular necesita no llamar la atención en absoluto.

—Vale, ya veo lo que quieres decir. ¿Qué hay del fajo que le cogimos a la banda de Paco en agosto?

—Entonces te dije que había que considerarlo un botín de guerra, pero yo tengo pensado declarar mi mitad. Me pregunto si habrá algún tipo de penalización por inflar los archivos de uno a favor del Gobierno.

—¿Crees que con toda la burocracia lo iban a notar? Y se ha agrandado y complicado bastante desde que Roosevelt se metió.

—Ya veo, sí, vaya una pregunta ridícula. De todas maneras, supongo que la mejor opción es guardarlo en el colchón e ir declarándolo poquito a poco a lo largo de los años. Bueno, ¡por la delincuencia! —Se bebió todo el contenido de su vaso e hizo una mueca.

—¿Estás bien?

—Probablemente. Estaré un poco rígido un par de días. Ya es mala suerte que te den en el mismo sitio.

—Echémosle un vistazo.

Escott ya se había quitado el chaleco del traje. Ahora se quitó la camisa y yo le ayudé a quitarse el chaleco antibalas que llevaba debajo. En el costado izquierdo, justo debajo de la línea de sus costillas, tenía una fina cicatriz roja de unos diez centímetros donde la navaja de un matón se le había clavado no hacía tanto tiempo. Palpó la zona suavemente con sus largos dedos y se estremeció un poco con gesto de dolor.

—Ahí esta, me dio un poco más abajo de lo que pensé. No será más que un buen moratón y un susto. Bastante suerte, si se tiene en cuenta lo cerca que estaba la pistola.

—Charles, casi todo lo que has tenido esta noche ha sido suerte. Si hubiera tenido mejor o peor puntería, esa dama te podía haber volado la cabeza.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Y lo voy a decir más veces. Esta noche me diste el susto de mi vida, joder.

—De verdad que aprecio tu preocupación, pero después de todo, tampoco es que haya pasado nada, en realidad; y en el futuro, tengo la intención de mostrar bastante más cuidado.

—¿Lo dices en serio?

—Del todo. Esto ha sido un incidente aislado. Antes de conocerte el encuentro más violento que había tenido jamás, fue cuando algún director con mal genio había intentado matarme al hacer una escena de lucha.

Yo estaba al borde de la exasperación, pero tenía demasiada curiosidad como para dejar pasar la oportunidad. Casi nunca hablaba de su pasado.

—¿Qué ocurrió?

—Era una cuestión de la diferencia que había entre su opinión y mis hechos. Aquel hombre había inventado unos ridículos movimientos de esgrima y yo le intenté señalar algunos más seguros y más naturales para aquella circunstancia. Como yo era un miembro de muy poca categoría en la compañía, por aquel entonces, se salió con la suya. El día del ensayo general con vestuario, me resbalé con los zapatos de felpa del traje, me caí al foso de la orquesta y le rompí la clavícula al pobre violinista; y casi me rompo yo el cuello cuando aterricé sobre él. Nunca logré convencer a aquel director de que no lo había hecho a propósito por despecho.

Cerré la boca con fuerza para suprimir una carcajada.

—Vale, estás cambiando de tema...

—Que no. Lo que te digo, es que esta noche solo ha sido un cúmulo de circunstancias, nada más. Seamos justos, ¿cómo íbamos a saber el director o yo que acababan de encerrar el escenario? ¿Cómo ibas a saber tú que la joven dama tenía inclinaciones tan sangrientas y atléticas? Créeme, si se me cruzan trabajos así en el futuro, no querría que otro me cubriera las espaldas. Sé que ahora tienes tus dudas, pero eres muy observador y ves las cosas con rapidez, y con algo de entrenamiento...

Le lancé una mirada de sospecha.

—¿Qué tienes planeado? ¿Un poco más de pintura para la puerta de la oficina y que ponga «Escott y Fleming, Agentes Privados»?

—Eso sería interesante, pero no es posible. Lleva bastantes años de entrenamiento tener las cualificaciones para sacarse la licencia, y tienes que ir al examen, a plena luz del día. No, en términos prácticos, eso está bastante fuera de lugar para ti.

—Entonces, ¿cuál es la pregunta?

—Solo te propongo algún trabajito de vez en cuando, como esta noche. Ya sé que tú consideras que esto es hacerme un favor, pero no hay razón para que no puedas sacar algo para ti con ello. —Miró el dinero y luego levantó la vista hacia mí.

—¿Intentas sobornarme? Porque funciona...

La leve sonrisa volvió a aparecer en la misma comisura de sus labios.

—Esperaba que lo consideraras en serio. Claro que uno no sabe nunca lo que le va a deparar el futuro; no todos mis clientes tienen tanto dinero como el señor Swafford, o no es tan fácil coaccionarlos, pero debería haber suficiente como para pagarte la gasolina del coche y de ahí para arriba.

Metí la mitad del dinero en mi cartera.

—Esto puede comprar un montón de «para arriba».

Escott sonrió otra vez ante aquella obvia aceptación de su oferta, por un segundo, con ambas comisuras.